



## El todo es lo no verdadero

Un comentario a *La agonía del Eros* de Byung-Chul Han

José Félix Baselga

Universidad de Valencia

[jfelix.baselga@latorredelvirrey.es](mailto:jfelix.baselga@latorredelvirrey.es)

Byung-Chul Han, *La agonía del Eros*, traducción de Raúl Gabás, Herder, Barcelona, 2014, 79 pp. ISBN: 978-84-254-3254-5.

Ya desde la primera de las categorías con las que Byung-Chul Han elabora su discurso en *La agonía del Eros* quedan comprometidas esas otras dos pequeñas obras, *La sociedad de la transparencia* y *La sociedad del cansancio*, sobre todo esta última, junto a las cuales completa la trilogía que pretende constituir un retrato del presente: una fina descripción de los rasgos característicos que definen a las sociedades surgidas tras el final de la guerra fría en un mundo global; al menos a las del Occidente desarrollado. Y es que *La agonía del Eros* supone a sus predecesoras; si bien en no pocos momentos se encuentran en ella alusiones explícitas a ideas y conceptos claves de estas otras dos obras, en toda su extensión están estos, además, presentes, la van soportando y son,

consecuentemente, condición de su plena inteligibilidad.

En la actualidad los seres humanos han perdido la capacidad de amar. Esta sustracción provocada por la marcha del mundo guiada por imperativos ligados a la producción y al poder afecta tanto a los ámbitos de las relaciones humanas más íntimas, la amistad y el erotismo, como a la praxis política y a la actividad teórica. De lo privado a lo público; del sentimiento a la razón. Tal es la idea medular que Han desarrolla en *La agonía del Eros* tomando como punto de arranque una sugestiva, pero también algo forzada, lectura de *Melancholia* de Lars von Trier en la que cifra cierta dosis de esperanza frente a la insoportable densidad de un presente que ha perdido todo contraste. Al igual que en el film, en el que la irrupción del planeta *Melancholia*, portador del apocalipsis, instrumento de la irrevocable aniquilación de todo lo humano, arranca a Justine, prototipo del “sujeto del rendimiento” deprimido, emocionalmente colapsado, descrito en *La sociedad del cansancio*, de su letargo y atonía para transformarla en un ser lúcido y dueño de sí capaz de amar y de cuidar a sus seres cercanos cuando estos se derrumban en los momentos finales, para Han tan solo un agente puede romper el fatídico círculo de una modernidad que parece haberse cerrado sobre sí: “El Eros, el deseo erótico, vence la depresión –dice-. Conduce del infierno de lo igual a la atopía; es más, a la utopía de lo completamente otro” (p. 17). Y parece que, como certifica al final de la obra en unas líneas dedicadas a reflexionar la *theoria*, este tránsito a lo otro, a lo diferente, esta verdadera liberación, está vinculado a un pensamiento rebelde, no acomodaticio, guiado por el anhelo platónico de lo que se carece que ve con otros ojos lo que propiamente no se puede ver. Tal es la definición con la que fija el sentido profundo de toda actividad filosófica: “filosofía es traducción de Eros a Logos” (p. 78). Con estas



reflexiones relativas al rango y al sentido del conocimiento científico<sup>1</sup> y de la filosofía contenidas en el elocuente epígrafe “El final de la teoría” termina *La agonía del Eros*. Platón y Heidegger son los referentes explícitos con los que Han dialoga. Sin embargo, y habrá tal vez que contar a esta como una de sus *fuentes ocultas*, tales apelaciones a la negatividad del pensar y a lo, en general, otro no dicho, junto a la somatización del pensamiento inherente al impulso erótico, evocan, siquiera vagamente, el último párrafo de *Minima moralia* sobre la redención y algunos de los más elocuentes pasajes de *Dialéctica negativa* en los que Adorno cifra su concepción del carácter del pensamiento filosófico básicamente como el problemático intento del sujeto de traducir en conceptos, abriendo la senda de lo aún por decir, su experiencia doliente de un mundo que quiere trascender. Solo que aquí, valgan las referencias que valgan, igual da, Heidegger o Adorno, falta en último término la conceptualización y Han apenas traspasa el umbral de la mera insinuación justo en aquello que parece haber sido puesto por él como depositario de cierta luz en este *infierno* gris que nos ha traído la modernidad.

Pero esto es ya el fin. Corresponde a la coda que remata la trilogía de Han. Ya en las primeras páginas de *La agonía del Eros* puede leerse que agoniza el *Eros* porque el otro está en trance de desaparición y la sociedad se convierte en “el infierno de lo igual” (p. 10). Y con ello quedan citadas *la sociedad de la transparencia*,

---

1 Discutible es la caracterización que de la ciencia da Han, según el modelo “Google”, al reducirla a un ejercicio meramente aditivo, de acumulación de datos, reservando el privilegio de la teoría a la filosofía. “La masa de datos e informaciones, que crece sin límites, aleja hoy la ciencia de la teoría, del pensamiento [...] La ciencia positiva, basada en los datos (la ciencia Google), que se agota con la igualación y la comparación de datos, pone fin a la teoría en sentido amplio. Esa ciencia es *aditiva* o *detectiva*, y no *narrativa* o *hermenéutica*” (pp. 74-75). Parece que tiene delante las tablas de Bacon. Después de T.S. Kuhn no se puede sostener una idea del conocimiento científico como un destilado de datos que se acumulan.

primero, y *la sociedad del cansancio*, después. El *Eros* solo puede florecer en la presencia del otro, del diferente, al que tiende el sujeto precisamente en virtud de tal asimetría y de los secretos y promesas que encierra –*La agonía del Eros*-. Sin embargo, en la sociedad actual se da una demanda tal de transparencia que esta se fetichiza e impone en la totalidad de los órdenes de la vida social convirtiéndola en un panóptico digital donde todos se exponen y vigilan–*La sociedad de la transparencia*-. Y, finalmente, esta exigencia se ocasiona en un cambio de modelo social que sustituye el primado de la negatividad por la más pura positividad en la que todo otro desaparece en una uniformidad sin apenas cesuras –*la sociedad del cansancio*-. Ya no cabe la tensión erótica, pues, entre esa pluralidad de átomos idénticos y transparentes que conforman un agregado social que va cobrando dimensiones planetarias. La idea maestra de Han es, por tanto, la sustitución de un paradigma “inmunológico”, donde prima la negatividad y la dialéctica schmittiana amigo-enemigo, por otro “neuronal”, dominado por la identidad, en la articulación y constitución de las sociedades modernas hacia finales del siglo XX. En todo caso, el referente privilegiado en esta descripción es Foucault, especialmente el de *Vigilar y castigar*, y, como sucede en este, Han en ciertos momentos estiliza la categoría del “poder” absolutizándola como sujeto -abstracto, indeterminado, fundante- de la fenomenología social. Sostiene pues Han que con la desaparición de los dos grandes bloques a finales del siglo pasado las sociedades que tan agudamente describió Foucault han dado paso a otras bien diferentes que han anulado y asimilado lo otro negativo engullendo así toda exterioridad. Sin embargo, si bien no pocos de los conceptos e imágenes con los que Han identifica y describe los rasgos característicos de nuestras sociedades occidentales *del cansancio* son del todo pertinentes y poseen un notable aguijón crítico, la tesis general del cambio



de paradigma es cuestionable sobre todo a partir de lo que los atentados del 11-S pusieron en evidencia. La idea de esta sociedad globalizada refractaria a lo inmunológico<sup>2</sup>, transposición bajo la figura del panóptico digital de la vieja *aldea global* de McLuhan, donde ya no hay resto de negatividad alguna constitutiva de identidades, ha sido puesta en entredicho una y otra vez; no solo entre Occidente y sus afueras, sino también en el seno mismo de este –a fecha de hoy son elocuentes a este respecto acontecimientos tales como Ucrania, Gaza, el Estado Islámico y el ébola; antes tantos otros-. Tal vez haya que considerar más bien esta idea de una sociedad total, positiva, permeable y transparente, sin “otros”, como una ilusión inducida en el seno de Occidente en la que este se complace apartando la incómoda imagen de un mundo fragmentado, asimétrico, antagónico y atravesado por densas relaciones de dominio que hacen posible en su seno unos estándares de vida que, sin embargo, en la actualidad parecen empezar a desmoronarse.

Sea como fuere, el último sujeto histórico, el “sujeto del rendimiento” propio de estas sociedades dominadas por la positividad es un sujeto cansado, extenuado y deprimido. Así lo describe Han. Sus dolencias mentales, patologías que se han generalizado, obedecen a un exceso de autoexplotación que experimenta, sin embargo, bajo la figura del éxito y como índice de libertad. Y

---

2 En los siguientes términos plantea Han la necesidad de este mundo positivizado: “El paradigma inmunológico no es compatible con el proceso de globalización. La otredad que suscitaría una reacción inmunitaria se opondría a un proceso de disolución de fronteras. El mundo inmunológicamente organizado tiene una topología particular. Está marcado por límites, cruces y umbrales, por vallas, zanjas y muros [...] La promiscuidad general que, en el presente, se da en todos los ámbitos de la vida y la falta de la otredad inmunológicamente efectiva se condicionan de manera mutua” (*La sociedad del cansancio*, traducción de Arantzazu Saratxaga Arregi, Herder, Barcelona, 2012, p. 16). Sin embargo, frente a esto habría que considerar cómo la globalización, en la forma *desencajada* en la que se va realizando, no solo está transformando los viejos muros, sino incluso creando otros nuevos.

todo ello porque la nueva forma de optimizar rendimientos en estas sociedades positivas, que sustituye a las viejas formas de dominio, es la de un sobreesfuerzo autoimpuesto con el que los seres humanos se vacían en todos los órdenes de la vida: de la oficina al gimnasio y al centro comercial; de lo público productivo a lo privado. Y así, concluye Han, “el sujeto del rendimiento se abandona a la *libertad obligada* o a la *libre obligación* de maximizar el rendimiento. [...] Esta autorreferencialidad genera una libertad paradójica, que, a causa de las estructuras de obligación inmanentes a ella, se convierte en violencia” (*La sociedad del cansancio*, pp. 31-32). Bien. Sin embargo, esta personalidad social que tan finamente traza Han parece acoplar sin fricciones solo con ciertos estratos sociales y perfiles profesionales de nuestro alrededor; ejecutivos de grandes empresas, operadores de bolsa, equipos de ventas, profesionales liberales caerían de este lado. Pero quedarían fuera de la categoría los trabajadores menos cualificados de todos los sectores económicos cuya praxis productiva parece quedar mejor descrita con el viejo esquema de la explotación exógena. Y, además, convoca una idea clásica. Se trata de la conocida imagen de Weber del “férreo estuche” con la que culminaba su estudio sobre las condiciones que hicieron posible el surgimiento del gran capitalismo. El sujeto del rendimiento no es nuevo. Parece que Han ha llenado ese estuche vacío en que se trocó el “ligero velo” del afán de riquezas de la burguesía protestante que favoreció los grandes procesos de acumulación capitalista iniciados en el siglo XIX. Efectivamente, esa ética del trabajo y del rendimiento llevada al extremo fue ya señalada por Weber en su carácter constitutivo para el capitalismo, el cual, perdida su base religiosa, pronosticó, podría ya desenvolverse en base a fundamentos puramente mecánicos. La histeria, el nerviosismo, el desasosiego y toda la pléyade de dolencias neuronales características de la sociedad positiva han



sido introducidas por Han en el interior de este estuche sustituyendo al viejo espíritu ascético. La pérdida de las creencias tradicionales en Occidente ha traído la creencia en la absoluta efimeridad del mundo y de la vida y la experiencia de la *insoportable levedad del ser*, como acertara Kundera, que han abocado a esa hiperactividad de un sujeto para el que, en calidad de nueva máxima de su actuación, el poder es deber. Este sujeto agotado es el que ya no sabe amar sino a sí mismo y no ve en los otros, otros ya no-diferentes, más que instrumentos a disposición.

El sujeto del rendimiento es narcisista; si ama, solo a sí mismo, al otro lo consume. Los seres humanos, sostiene Han, en el medio de la transparencia universal impuesta, se cosifican unos a otros como meros cuerpos, como mercancías a disposición susceptibles de disfrute sexual, de forma que para todos desaparece el “tú”, que es sustituido por el “ello”. Ya no queda nadie a quien dirigirse; nadie con quien establecer un trato humano más allá de los mecanismos de rendimiento y de poder. Y así Han introduce una de las nociones claves, y con mayor calado crítico, de *La agonía del Eros*: la perpetuación de lo idéntico, la absolutización de la *mera vida*. El amor hoy, dice, ha sido domesticado; “el deseo del otro es suplantado por el confort de lo igual” (p. 34). Como pura fórmula de consumo y disfrute no contiene el germen de una nueva de experiencia; ha perdido su carácter de promesa, su impulso a la transgresión transformadora. Patentiza como ninguna otra esfera de la actividad humana la parálisis que domina a los seres humanos en el mundo actual; su incapacidad para experimentar. De la dialéctica hegeliana del amo y del esclavo y del “último hombre” nietzscheano se sirve Han para denunciar y condenar esta sociedad del rendimiento y de la autoexplotación, de la depresión y de las vanidades huecas, de las torres de oficinas que albergan gimnasios. “El capitalismo –señala-

absolutiza la mera vida. Su fin no es la vida buena” (p. 36). Pero esta sociedad que tan bien nos describe Han, obscena y pornográfica, plana y sin profundidad, gris, repetitiva, anclada a sí, en la que los hombres han perdido su capacidad para llegar a ser, a través del *Eros*, de la actividad política colectiva, artística o de la vida *theorética*, y se repiten a lo largo de sus vidas, unas vidas reducidas a mera supervivencia, esta sociedad convertida en absoluto que pesa sobre los hombres y los destruye, manteniéndolos, no obstante, como *no muertos* (p. 44), evoca no poco ese *mundo administrado* sobre el que Adorno emitió su célebre *dictum*: “El todo es lo no verdadero”<sup>3</sup>.

---

3 Theodor W. Adorno, *Mínima moralia*, parágrafo 29.